

EL RECUADRO

La primera mitad del año se ha cerrado en el Sector del Metal con caídas de las exportaciones del 3,4 por ciento y del 7,7 de las importaciones, lo que permite mejorar la balanza exterior del sector y compensar, aunque sólo sea en parte, una coyuntura de retroceso de la producción del Sector que se prolonga ya más de un año.

Sólo los subsectores y las empresas con capacidad exportadora están aguantando esta prolongadísima recesión amortiguada únicamente por el comercio exterior y cuya más firme esperanza sigue siendo que se produzca una mejora sustancial tanto de exportaciones como de importaciones en los próximos meses. Sin embargo, sobre la ecuación innovación + exportación = superación de la crisis, hasta ahora irrefutable, podrían desplegarse factores de incertidumbre más allá de los imprevisibles avatares de la inversión y el consumo en los principales países industrializados, especialmente los de la zona euro, a los que se destina casi un setenta y cinco por ciento de las ventas al exterior de productos metálicos españoles.

Ese factor de incertidumbre proviene del propio marco económico globalizado, en el que la competencia depende básicamente de cuestiones tecnológicas y de calidad. En este marco al que se incorporan continuamente nuevos competidores, más agresivos en precio y calidad, la primera exigencia para ser competitivo es la inversión en innovación. Nuevos productos, nuevos procesos y nuevos equipos que exigen inevitablemente a directivos, técnicos y trabajadores más y mejor formación en todos sus escalones, desde la formación básica a la profesional, pasando por la continua y la ocupacional.

Las necesidades de mano de obra altamente formada son crecientes a medida que aumenta la exigencia de los mercados, y la competencia de otros países con niveles superiores de cualificación hace el problema cada vez más acuciante. La reforma educativa iniciada recientemente forma parte de la solución pero sus efectos sobre el tejido empresarial tardarán al menos una década en manifestarse. Mientras tanto, nuestra tasa general de paro, la de los jóvenes y la de los mayores de cincuenta años, siguen en niveles vergonzosos y, sobre todo, están excluyendo a amplios segmentos de la población de un normal desarrollo personal. En paralelo a ello, las empresas industriales españolas ven seriamente limitada su viabilidad también por el incremento del diferencial de formación que se registra con nuestros países competidores.

La falta de cualificación debida al desfase existente entre los contenidos de los sistemas educativos y las necesidades reales de las empresas es, desde hace años, un problema muy serio para el desarrollo de la actividad industrial. Los contenidos formativos han ido desarrollándose de espaldas a la evolución de la industria y la economía y en muchos casos ignorando el avance de las nuevas tecnologías.

Durante mucho tiempo, han sido las empresas y los trabajadores, mediante el sistema de formación continua los que han paliado el problema aportando un 0,7 por ciento de la base de cotización a la Seguridad Social (0,6 a cargo del empresario y 0,1 a cargo del trabajador), y procurando con ello la mejora de cualificación de los ocupados. Pero incluso este exitoso sistema, en el que la Administración no otorga, ni subvenciona, ni presta el dinero para la formación continua, corre ahora peligro si el dinero de empresas y trabajadores se emplea para fines distintos a los establecidos originalmente.

En el mantenimiento de la formación continua de los trabajadores se cifra buena parte de las posibilidades de las empresas para aumentar su capacidad de adaptación a las circunstancias del mercado e incorporar nuevas tecnologías y formas de gestión y producción, y que los trabajadores aprovechen mejor sus capacidades y saquen el mayor partido de la oferta laboral.

De nada servirá la apertura de nuevos mercados y la inversión en tecnologías y equipos, si la formación y la cualificación de los trabajadores no los acompaña. Esfuerzos como los que las empresas afrontan en medio ambiente, internacionalización, calidad, competencia o investigación, no tienen otra base que un factor humano preparado para realizar sus funciones, condición *sine qua non* para que cualquier tipo de inversión estratégica tenga éxito. Sin esa base podría, como ocurrió ya en el Sector del Metal en años de bonanza no tan lejanos, darse el caso de que no existan trabajadores nacionales que puedan cubrir determinadas ofertas de trabajo y sea necesario recurrir a emigrantes cualificados o formados en origen, lo que deterioraría aún más nuestro mercado laboral.

Cuadros técnicos y trabajadores bien formados y cualificados, e itinerarios formativos de readaptación profesional reales, son claves para que el conjunto de la economía española y, de manera más concreta, el Sector del Metal, puedan remontar la actual situación.